

Mauro Pareja, a quien propios y extraños conocen por el *Abad*; las lucubraciones profundas de Arturito Cáñamo, lumbrera de la ciencia penal española; las graciosas chifladuras del insigne matemático Díaz del Alimón; la inspiración irrestañable del frondoso poeta Ciriaco de la Luna, y las donosísimas humoradas de Primo Coba, siempre oportuno y regocijado, capaz de extraer el bálsamo de la risa de las tablas de un ataúd? ¡Oh caros contertulios, cuánto os ha debido de consuelo mi atribulado espíritu durante los momentos de angustia que sobran en este valle de lágrimas!

Aunque no aparezca bullicioso, soy sociable, amigo de la conversación y de la broma; desde mis tiempos de estudiante me acostumbré a la pandilla, al compañerismo, a vivir de prestado sobre la alegría, la cháchara y el buen humor ajeno, y nunca se ha apoderado de mí la negra misantropía, el tedio de la humanidad.—Y no omitiré, entre los encantos que para mí tenía la Sociedad de Amigos, la relativa anchura de sus salones, comparada con la exigüidad de mi vivienda. Por último... en la Sociedad de Amigos yo satisfacía un hábito vicioso, el único, según creo, que se ha aposentado en mi alma: mi afición al tresillo.

## III

Tenía muy mal naipe. Generalmente, al final de la temporada me encontraba con un mediano *déficit* en los escasos fondos que para el bolsillo me otorgaba mi prudente esposa. La cual era dueña absoluta de la llave de la gaveta, o dígase de la cómoda donde guardábamos el dinero... Costábame trabajo confesar mis pérdidas; y por eso (lo escribo con rubor) me reservé el importe de ciertas pensiones que se me abonaban por conducto de un procurador amigo mío, a fin de poder asegurar a Ilduara que habíamos salido de la temporada pie con bola. Asusta pensar de lo que hubiera sido yo capaz, a dominarme otras pasiones menos inocentes que la del tresillo. La ocultación de las pensiones demuestra que no es oro todo lo que reluce en mi hombría de bien.

Hacia ya un mes que la cuna había vuelto a salir del desván, y, limpia de telarañas, ocupaba un rincón de nuestra reducida alcoba, cuando mi esposa dió en mostrarse peor humorada que nunca, y en renegar de su estado, que ella afir-



maba no haber sido jamás tan penoso, quejándose de síntomas extraños, de inusitado peso y volumen, de raras perturbaciones y de anormales sufrimientos. Por esparcir mi ánimo acongojado, frecuenté más la Sociedad de Amigos, y justamente entonces apretó mi mala suerte en el juego. Racha tan fatal, no la recordaba nadie. Me vi en la precisión de confesar a mi mitad las reiteradas pérdidas. Solía lida ponerme como un trapo en ocasiones semejantes; pero observé con sorpresa que prefería verme salir y jugar, a que me quedase en casa, asistiendo a la tertulia que formaban mis hijas con la vecina del principal y los del tercero de la derecha. Aprovechando benignidad tan desusada, me cebé en la partida con el afán del desquite, que así acucia al febril ruletero, como al morigerado tresillista.

Casi todo el mes de octubre estuve tan de malas, que alrededor de nuestra mesa se formó un corro alborozado, sólo para jalearse mi perra suerte. Me crucificaban a chistes. Estas bromitas llegaban a veces a sacarme de mis casillas; peor para mí, pues las guasas llovían más espesas. Una de las estúpidas matracas favoritas, era la de suponerme felicísimo en empresas galantes, por aquello de «afortunado en amores», etc. Si esta chanza se contuviese en justos límites, anda con Dios; pero la llevaban a tal extremo y la adornaban con pormenores tan feos y chabacanos, que serían capaces de ruborizar a los bustos de piedra del paseo de las Filas. Aquella gente se relamía de gusto oyen-

do las impertinencias de Primo Coba, bufón de la Sociedad. Descuajábanse de risa al asegurar Primo que me había visto con sus propios ojos, al anochecer atravesando la calle del Varadero (la más sospechosita de Marineda), muy embozado, y en compañía de la graciosa modista B o la salada cigarrera H. Ultimamente el pesado guasón daba en la flor de embromarme con la vecina del principal, la esposa del Comandante del Regimiento de Otumba... y aunque el marido, un colosal asturianazo, andaba por allí dando vueltas, no había modo de conseguir que Coba pusiese término a chanza tan inconveniente.

Cierta noche—¡noche memorable!—me dirigió una sonrisa la coqueta de la suerte, en forma de *solo* de esos llamados de *Fernando séptimo*. Seis triunfos de espada, mala, rey, caballo, en palo corto; dos fallos y un monarca. Imperdible. Mi cara lo estaba proclamando a voces; mis ojos bailaban de gusto, y mis manos temblaban ligeramente, estrujando contra el pecho el haz de cartas. Para mayor fortuna andaban en el platillo dos puestos gemelas, encimadas—al tanto a que se jugaba, representarían un duro.

Ante todo importa declarar que no era sólo el vil interés causa de la placentera excitación que me obligaba a teclear sobre las cartas y sonreír de júbilo. No se me estaban pudriendo en el bolsillo los pesos; sin embargo, lo que irradiaba triunfalmente en mis pupilas era el puro e ideal deleite de la victoria. Era el



amor propio, interesado en chafar a los majaderos mirones que me acribillaban a chirigotas. Por ellos, por ellos me alegraba. ¡Condenados! Yo creo que aquellos malditos, sospechando la condición suspicaz de mi Ilduara, tenían gusto en propalar ciertos absurdos, a fin de producirme desazones.

—¡Tienda V. las cartas, hombre!—me decía el coronel de ingenieros Díaz del Alimón.— ¡Si es rodado! ¡Qué carabinal!

—No—respondía yo alardeando de modestia para disimular el gozo.—Jugarlo, señores, jugarlo, que no sabemos todavía... Si la contra está en una sola mano... Salgo de espada... no la fallen Vds... (La gracia de esta agudeza, que suele repetirse por término medio quince veces cada noche, sólo pueden percibirla los que conocen la marcha del tresillo.)

Convencidos de la infabilidad del coronel de ingenieros, autoridad en la materia (aunque por economía no jugase jamás), y espejo de la ciencia matemática, los compañeros se rindieron, y volqué en mi exagüe cesto el platillo repleto de fichas. Dieron nuevamente, y... ¡ah, qué brinco pegó mi corazón de tresillista! Otro sólo, morrocotudo, un solo que pararía en bola quizá.

—¿D. Benicio?—articuló a mis espaldas una voz sumisa y oficiosa.

—¿Eh? ¿Es por mí? ¿Qué se ofrece?—respondí sin volver la cabeza, por no distraerme en momentos tan dulces.

¡Implacables mirones! Ellos fueron los que gritaron, llenos de feroz contento:

—Es el mozo, que quiere hablar con V... ¡Cómo se ceba en las ganancias este hombre. Me volví.

—¿Qué hay, Antón?

—Una joven, que pregunta por V.

¡Cristo, que alboroto! Tuve que alzar la voz y exclamar:

—¡Tengan Vds. miramientoooo...! ¿A ver? ¿Por mí? ¿Una joven?

—Sí, señor... Una chica así... bastante simpática, no despreciando. Dice que es la de V...

—¿La mía? Cuidado con lo que se habla... ¿La mía? ¿Qué es eso de la miiiiiaa?

Expectación.

—Ella dijo así... Y que se llama Eduarda.

—¡Acabáramos! La criada, señores... Ya me parecía... Pregúntele, Antón, a ver que ocurre... ¡Eh, sigamos el juego!... Tres bazas... y arrastro...

—No podía dudarse, era una bola. Sí, una bola, de esas que bien llevadas no las corta ni el verbo. Estaba en lo más comprometido de la jugada cuando he aquí que vuelve el mozo, arrastrando los pies.

—Señor, que vaya Vd. a casa... La señora, su mujer, está con dolores.

¡Con dolores!... ¡Ah, conocidísima frase! Sí; eran los dolores clásicos, los dolores por antonomasia los únicos que no necesitan más calificativo: los dolores... Recordé. A la hora de comer y por la tarde; Ilduara ya se había quejado, no muy fuerte, pero varias veces. Mas a los veteranos en estas lides no incruentas, nos su-



cede lo mismo que a los de otras cruentísimas: nos dormimos sobre el cañón cargado, fumamos sobre el barril de pólvora, y disfrutamos del más regalado descuido momentos antes de la batalla. Mi mujer con los dolores... ¡Pobrecita! Bueno... El mozo insistió.

—Con dolores... vamos, de parir.

Toda la Sociedad soltó la carcajada. Creo que se rieron hasta las alfombras y las fichas del tresillo.

—Esas tenemos, ¿eh? ¿Aumento de familia? D. Benicio... ¡Pillín! Pero ¿cuándo se jubila usted con el haber que por clasificación le corresponde? ¿Chiquillos a estas alturas?

—Digo que es una inmoralidad... Debía prohibirse... Raya en desvergüenza.

—Hombre que le pensione a V. el Estado... ¿De qué taberna gasta V. el vino? Queremos las señas... (Esto fué Primo Caba.)

—Miramiento, señores... Permítanme dar un recado al mozo...—exclamé con desconsuelo, porque faltaban dos bazas no más para ganar aquella bola suspiradísima.—Oiga... dígame que voy ahora mismo... Que vaya avisando al señor de Moragas, ¿eh? Al médico, para que se haga cargo.

—¡Hombre, qué lástima!—exclamó uno de los tresillistas, el secretario del Gobierno civil.—Ahí estaba Moragas no hace un cuarto de hora en el salón de lectura.

—Si, pero son las diez y media largas de talle; ya se recogió a casa, de seguro—objetó el Comandante del puerto.

Todos aprobaron. En Marineda, y particularmente en aquel foco de hablillas que se llama la Sociedad de Amigos, sábese puntualmente a qué hora está cada quisque en su domicilio o en el ajeno, sin que en el cálculo de probabilidades quepa más error que el de minutos arriba o abajo. A no mediar caso análogo al mío, Moragas se encontraría en su alcoba, leyendo, para conciliar el sueño, alguna revista francesa: hasta de esta clase de pormenores estábamos al corriente. Seguro, pues, de que la fórmula acertaría con el comadrón y éste correría a mi casa, me creí con derecho a terminar la jugada, que, según mis presentimientos, resultó bola. Alguien me preguntó si liquidaba: ¡liquidar! el favor de la suerte me embriagaba de tal modo, que manifesté deseos de dar un par de vueltecillas más, hasta sacar todas las puestas. A la verdad, también me satisfacía tener un pretexto para dilatar el regreso adonde me esperaba una escena siempre desagradable; desacostumbrado ya de ella por el largo interregno, me infundía ahora ese sentimiento que yo llamaría pavor doméstico, miedo que cobramos a ciertos deberes y actos de la vida familiar, y que tal vez no es sino una forma del hastío. Y al mismo tiempo que me dejaba dominar por la cobardía, sin ver que las más elementales nociones del deber conyugal me llamaban al lado de Ilda, deseaba aturdirme, matar la fiebre de mi emoción con el choque de las fichas y el zumbido de la charla.

—Cerca de treinta años hace que me casé,



señores, y he visto nacer diez y seis hijos, sin contar el que está llamando a la puerta.

Felicitaciones, vítores.

—Pero no me viven todos. Sólo conservo diez. Los otros...—esto debí de decirlo con los ojos algo húmedos y la voz ronca...—andarán *allá*, pidiendo por mí... Crean Vds. que, desde el tercero, preferiría uno que no viniesen; pero si uno los ve aquí, no desea que se vayan. Sobre todo, el de la desgracia, el mayorcito, Moncho, señores, me dejó unos recuerdos... A los tres años casi leía de corrido... es decir, empezaba a deletrear... ¡Juego! Una entrada...

Gané una jugada magnífica, y la satisfacción me puso más excitado. Proseguí:

—A mí nadie me quita de la cabeza que aquella criatura, si no llega a desgraciarse, honra a la familia... ¡Era mucho despejo el suyo!

A esto contestó Mauro Pareja, por sobre nombre el Abad, que acababa de entrar y miraba por cima de mi hombro el juego.

—Señor de Neira, más valió que se le muriese a V. ese niño de tantísimo talento, que sus preciosas hijas. Al menos, nosotros los solteros opinamos así.

Se alzó un clamor aprobando el parecer del Abad, y a renglón seguido acercóse a la mesa mi vecino el comandante de Otumba, a quien la noticia de mi nueva paternidad traía desde el cuarto de lectura a darme la enhorabuena. Y para repetir los términos en que me la dió el bueno de D. Tomás Llanes, yo me vería en mediano apuro, si no recordase cómo su propia

esposa explicaba aquel modo pintoresco de hablar, diciendo que su marido, al despertarse, lo primero que soltaba era una colección de *peinetas* y otra de *moños*.

D. Tomás, que tenía las proporciones y el aspecto de un oso velludo, de aquellos que se merendaron al rey astur, acercóse a mí, y dándome, con su finura acostumbrada, una palmadaza en el hombro, exclamó:

—Moño, y qué suerte de hombre... Peineta, otro chiquitín... y con veinticuatro lo menos que ha tenido ya... ¡Moño, y para los demás ninguno! ¡Yo que llevo diez años de casado, y ni noticia!

—¿Y eso, qué?—respondí demostrando fe inquebrantable en la fecundidad humana.—Ya cuajará... Mire V., por mi casa hubo años estériles... y también tuvimos fracasos...

—¿Eso más?—preguntó Primo Coba.—Pero, hombre, V. cultiva todas las formas de la paternidad, incluso la frustrada... la tentativa de paternidad.

Acababa de sacar otra puesta, y de buen humor, con este triunfo, respondí:

—Tan cierto es eso, que hasta tuvimos un embarazo falso...

Se armó una greguería, y hube de dar explicaciones a los solteros, que se fingían asustados.

—Era lo que llaman una mole, señores... una mole... un pedazo de carne, sin hechura, sin ojos, sin cabeza...

No sé en qué pararían las risotadas que arran



có este boceto, a no haber distraído la atención un incidente, una disputa entre tresillistas y mirones.

—¿Pero cómo juega V., Domingo, hombre? No está V. viendo que ahí el arrastrar de bajo es una barbaridad?

—Manía de meterse en negocios ajenos. Si sabré lo que me hago, sin necesidad de que me aconsejen.

—Así dicen todos los chambones. Si sólo se perjudicase V., corriente. Pero hace V. daño a los compañeros. Es una calamidad el que V. tenga que ir a la contra.

—Esas apreciaciones...

—Nada, yo soy así; antes que todo la franqueza.

—Cualquiera es franco metiéndose en camisa de once varas...

—Hay qué pensar lo que se dice...

—¡Moño! ¡Peineta! Señores...

—¡Señores... miramiento, miramiento! — intervine yo, pues no gusta ver a dos personas regulares, o por lo menos obligadas a serlo, poniéndose como un trapo por si debieron soltar la sota y largaron el siete, verbigracia. La discusión empezaba a aplacarse, cuando he aquí que el mozo, arrastrando los pies y con aquella cara de memo malicioso que hacía la felicidad de Primo Coba, entró y se acercó a mí, murmurando misteriosamente:

—Señor... Señor de Neira,.. Está ahí su chica...

Me volví sobresaltado, restituido a la conciencia de mi deber.

—¿Qué... qué pasa? Voy, voy...

—Dice...—secreteó el mozo—que la señora, su mujer... ya... ya salió del apuro, vamos...

Respiré anchamente. ¡Tan pronto! Mejor, mejor; ya estamos fuera del paso: ¡gracias, San Ramón de mi vida! Entre el coro de plácemes, alcé la voz para preguntar:

—¿Te dijo si era niño o niña?

El mozo me miró con ojos que parecían los de un pez y articuló soñolientamente:

—Dice que tiene una niña...

Los solteros vinieron a darme la mano, a sacudírmela con gran énfasis, y a repetir:

—Dentro de veinte años... cuente V. conmigo, D. Benicio, cuente V. conmigo.

—Aunque sea dentro de quince—murmuró reposadamente el Abad.

—Aunque sea dentro de trece—balbuceó el sonámbulo Díaz del Alimón, aficionado al pan tierno.

Cuando me dejaron respirar, exclamé dirigiéndome al mozo que seguía allí hecho un poste:

—¿Estás seguro de que dijo niña?

Y entonces... ¡oh cielo pródigo, cielo que no mides, ni tasas, ni regateas los bienes de este mundo; cielo que siembras tus dádivas como quien siembra alcacer!... el mozo columpiándose y sin alzar la voz, respondió:

—Dijo una niña, sí señor... y que vaya allá en seguida, que va a nacer otra.

¡Naturaleza, naturaleza! Me quedé lo mismo que el naufrago cuando una ola le zapatea con-



tra el casco del buque. ¡Un parto doble! Me iluminó como luz fatídica el recuerdo de aquellos extraños fenómenos que notaba Ilda, de aquellos padecimientos raros, de aquella anormal gravidez. ¡Un parto doble! ¡Géminis!

Al verme en la calle, corrí como un loco. Y entre el desorden de mis pensamientos y la muchedumbre de mis cuidados, predominaban los siguientes:

—Hay que comprar otra cuna... hay que buscar dos amas... ¿Y dónde duermen, santo Dios? ¿Dónde? Lo dicho: como no se invente colgar las camas por la pared...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IV

Cuando empecé a ascender fatigosamente las escaleras de mi casa, subía delante mí la mujer del oso, la comandanta de Otumba, doña Milagros. Ya sabemos que marido y mujer eran nuestros vecinos, sólo que vivían menos alto que nosotros, y no disfrutaban de tan hermosa vista al mar. Por cierto que de esta vista nació la intimidad de doña Milagros en mi casa, pues iba a extasiarse, las tardes que hacía bueno, con aquella gloria de Dios.

—Como en mi pueblo—decía. Y en seguida añadía indefectiblemente:— Porque ya sabrán ustedes que yo soy gaditana.

No creo atentar a la fidelidad que debí a mi Ilduara querida, si reconozco que la señora de Llanes me pareció entonces, más que de costumbre, y acaso por contraste con la gente que dejaba en la Sociedad de Amigos, un objeto muy grato de contemplar. No diré que la comandanta fuese una belleza acabada y sorprendente, pero poseía en grado altísimo ese don de su raza que se conoce por sandunga. Hasta sus